

ciega de sus leyes regula lo mismo la decadencia que el progreso.

El hombre cuando viene al mundo no es aquella estatua, virgen de impresiones, que habían imaginado Bonnet y Condillac. No solamente tiene una cierta constitución, una cierta organización nerviosa que le predispone á sentir, pensar y obrar de una manera que le es propia, personal, sino que se puede decir que la experiencia de generaciones infinitas en número dormita en él. Está tan lejos de ser creado como de una pieza, que el pasado entero ha contribuído á formar lo. El estado actual de su mecanismo y de su dinamismo es el resultado de modificaciones innumerables, lentamente acumuladas; y se puede afirmar que si la herencia obrara sola, si no hubiese cruzamientos, variaciones espontáneas, combinaciones y trasformaciones psíquicas cuyo secreto nos escapa, los descendientes serían impulsados á sentir y á pensar fatalmente como sus antepasados.

## II

Hemos visto que la evolución en los seres vivos, aunque implique muy á menudo mejoramiento, progreso, paso de lo peor á lo mejor, de lo inferior á lo superior, no significa, sin embargo, en el sentido científico, más que el tránsito de lo simple á lo compuesto y de lo homogéneo á lo heterogéneo, y que por consecuencia algunas veces, en lugar de llevar al progreso, lleva al debilitamiento y á la caducidad. Es bajo este último aspecto bajo el que nos queda que estudiar, la herencia, ó sea en su relación con la ley de la evolución.

Todo lo que vive declina y se extingue. Sin duda pensando en esta verdad de evidencia indiscutible es por lo que la creencia en el progreso se ha producido tan tardíamente. El individuo desaparece, después la

familia, después el pueblo; y lo mismo que el individuo usa varios cuerpos antes de extinguirse, la familia usa muchos individuos, el pueblo muchas familias, la humanidad muchos pueblos. Tal vez esta misma debe desaparecer á su vez. Tal vez deba ser usada por una fuerza más poderosa. Tal vez en el desarrollo del mundo no sea más que un término de una serie sin límites, un eslabón de una cadena sin fin.

Si se echa una mirada sobre una familia cualquiera que haya representado un papel en la historia, hé aquí lo que se ve. Su origen es tan oscuro, que con frecuencia hay que suponerlo ó fabricarlo; después se manifiesta, se engrandece, alcanza su apogeo en una, dos ó tres personas á lo más, y después declina y se extingue. Tomemos la segunda raza de los reyes de Francia. Parte de San Arnolfo, obispo de Metz, sigue una marcha ascendente en Pepino de Heristal, Carlos Martel, Pepino el Breve, Carlomagno, alcanza en este último su completo florecimiento, y después declina.—La tercera raza parte de Roberto el Fuerte, conde de Francia, llega á su apogeo con Felipe-Augusto, San Luis y Felipe el Hermoso, y después se extingue en tres reyes oscuros. Esto sucede poco más ó menos con la rama de los Valois, nacida de Carlos de Valois, hijo de Felipe el Atrevido; con la rama de los Angulema, nacida de Luis de Orleans, hijo de Carlos V, y que acaba con los débiles hijos de Catalina de Médicis. Después vienen los Borbones, en los que Enrique IV y Luis XIV marcan el apogeo, y después no hace más que declinar. Lo mismo pasa con los Guisa, los Condé, etc., etc. Las familias que no han jugado un gran papel más que en un pequeño teatro, en sus provincias, en sus ciudades, no escapan á esta ley. Esto mismo pasa con los pueblos. Su origen es oscuro; se engrandecen, dan la medida de sus fuerzas, y después, fatalmente vienen al período en el cual no pertenecen más que á la historia; y esta decadencia es debida menos á las causas vagas á

las que los historiadores la atribuyen de ordinario, que á una causa precisa, á saber, el debilitamiento de las facultades físicas, intelectuales y morales (y de las funciones orgánicas que son su condición), sino en todos los ciudadanos, al menos en la mayor parte.

Aquí se presenta una cuestión, á saber: ¿cuál es la duración de la herencia? Naturalmente, no se trata de la trasmisión de los caracteres generales y específicos, que no pueden tener otros límites en el tiempo que los de la especie. El problema debe ponerse bajo una forma más restringida. Dada la aparición en una familia de un talento matemático, musical ó de cualquiera otra clase, ó de un carácter particular como el de los Guisa ó los Condé, ¿queda fijo para siempre? En el caso contrario, ¿cuánto tiempo puede resistir á la disolución?

En lo que concierne al hombre, no se puede responder más que aproximadamente. Sólo la experimentación daría una respuesta exacta, y la experimentación no ha sido jamás hecha con el debido rigorismo. Nótese, en efecto lo que pasa en la realidad. En un hombre se manifiesta cualquier talento. En sus hijos, una segunda herencia entra en juego, la de la madre, con la suma de influjos ancestrales que ella representa. Lo mismo pasa en la tercera generación. «En la historia de las familias célebres, sólo se ha hecho la historia del nombre y no la de la sangre (1).» Para responder á la cuestión planteada, sería menester que la unión hubiera tenido lugar entre dos seres que tuvieran exactamente el mismo talento y que se continuase durante muchas generaciones, siguiendo el método llamado *in and in*. Es probable que se produjera entonces en el hombre como en los animales la fijeza del carácter adquirido (2).

Si se toma la cuestión bajo su forma práctica, es

(1) Lorain, *Op. cit.*, p. 10.

(2) Véase en el cap. IV lo concerniente á los matrimonios consanguíneos.

decir, según nuestros hábitos sociales, se debe admitir que, *la persistencia de la herencia mental no se trasmite más que á cuatro ó cinco generaciones á lo sumo*. Los numerosos ejemplos citados en esta obra dan fe de ello. Lucas llega á la misma conclusión. «El movimiento ascendente de las facultades superiores de un gran número de fundadores de dinastías, se detiene casi siempre en la tercera generación, continúa raramente hasta la cuarta y casi nunca pasa á la quinta.» La herencia morbosa nos suministra un resultado análogo cuando la enfermedad no motiva una completa degeneración; «la dualidad de autores que toman parte en la generación y la acción del gran número sobre el pequeño, llegan á destruir los tipos individuales en algunas generaciones, seis ó siete poco más ó menos (1).»

Esta es, después de todo, una buena prueba de tenacidad, y el poder de la herencia se mide tan bien en esta lucha, en la cual acaba por desaparecer, como en los crecimientos repetidos que la fijan á perpetuidad.

Examinemos mientras tanto qué papel juega la herencia en el período descendente. Hemos visto que, aunque no pueda nada por sí misma, siendo una simple tendencia conservadora, sin embargo, ella sola hace el progreso posible durante la época ascendente de la evolución. Pero también, cuando se ha entrado en el período descendente, afirma y regulariza la decadencia. Ella, que había puesto uno sobre otro, fatal y ciegamente, los pilares del edificio, los quita uno después de otro con la misma ciega fatalidad.

Su influjo es directo ó indirecto.

El influjo directo se ejerce por el matrimonio. No es raro que razones de familia, las conveniencias, una casualidad ó un capricho, lleven á un hombre emi-

(1) *Dictionnaire de médecine*, etc., Voisin, art. HÉRÉDITÉ, p. 466. Recordemos que para fijar un carácter en una dinastía, se necesitan también de cinco á siete generaciones.

mente á casarse con una mujer muy mediocre. Se ha notado que los grandes hombres no dejan á menudo más que una posteridad indigna de ellos; se ha aprovechado esto para poner en duda la trasmisión hereditaria, mientras que tal vez fuera menester ver en este hecho una confirmación sorprendente de la ley. Galton en su trabajo sobre los *Juges d'Angleterre* (1), nota que de treinta y dos jueces que han sido elevados á la dignidad de par, antes de acabar el reinado de Jorge IV, hay diez y nueve *peerages* que subsisten y doce que se han extinguido. Habiendo buscado minuciosamente las causas de esta extinción, el autor las ha encontrado en las razones de sociedad y en motivos de conveniencia que llevan á uniones mal adecuadas: los pares cuyas familias han desaparecido prontamente «se casaban con herederas». Aun cuando estos matrimonios desiguales no produzcan resultados tan graves, no se puede dudar que, en virtud de las mismas leyes de la herencia, deben causar una decadencia que, renovada muchas veces, motiva necesariamente la extinción de una familia bien dotada, ó lo que todavía es peor, su mediocridad. Es claro que un hijo puede tener tanto de su madre mediocre como de su padre ilustre; que, en el caso más ordinario, debiendo ser una resultante de los dos, tendrá dos probabilidades contra una de ser inferior al padre de que procede.

Considerada como causa indirecta de decadencia, la herencia obra por acumulación. Toda familia, todo pueblo, toda raza, aporta al nacer una cierta dosis de vitalidad y una suma de aptitudes físicas y morales que deben salir á luz con el tiempo. Esta evolución tiene por causas las acciones y reacciones continuas del medio sobre el sér, y del sér sobre su medio. Dura hasta el momento en que la familia, el pueblo ó la raza han cumplido su destino, brillante para algunas, nota-

(1) Galton, p. 130-132. Sobre la cuestión de saber si es verdad que los grandes hombres no tienen posteridad, véase la conclusión.

ble para muchas, oscuro para el mayor número. Desde que esta suma de vitalidad y aptitudes comienza á debilitarse, comienza la decadencia. Por débil que sea al principio, la herencia la trasmite á la generación siguiente, después de ésta á la otra, y así descendiendo siempre, llega hasta un completo aniquilamiento, á menos de que una causa exterior venga á detener la decadencia. La herencia no es pues aquí más que una causa *indirecta* de debilitamiento; la causa directa es la acción del medio, comprendiendo bajo esta palabra, todo lo que sea acción exterior, no solamente el clima y el régimen, sino los hábitos, las costumbres, las ideas religiosas, las instituciones y las leyes que á menudo son también eficaces en lo que cabe para motivar el bastardeamiento de la raza. En Oriente, los harenes con su vida de ignorancia absoluta y de ociosidad completa, han motivado, gracias á la herencia física y moral, un debilitamiento rápido de varias naciones. «Nosotros no tenemos el harén en Francia, dice un naturalista, pero otras causas de origen bien diferente, tienden á rebajar finalmente la raza. Hoy, el amor paternal, ayudado por los cuidados de una ciencia médica más segura y más hábil, asegura más y más el porvenir de los niños, arrancando á la muerte una multitud de seres raquíuticos, contrahechos ó de una constitución viciada, que habrían perecido seguramente entre los salvajes, ó en la sociedad de hace uno ó dos siglos. Estos niños, llegan á ser hombres y se casan; por la herencia trasmiten á sus descendientes una predisposición por lo menos, á imperfecciones análogas á las suyas. Muchas veces, los dos esposos aportan cada uno su parte en esta descendencia. Los hijos se van debilitando, y resulta en una determinada sociedad, el bastardeamiento y finalmente la desaparición de ciertos grupos (1).»

(1) *Revue des cours scientifiques*, t. VI, p. 690. — Añadamos que la selección intelectual es ella misma una causa de decadencia. Esto es lo

La única idea un poco clara que se puede formar sobre una descendencia física y moral transmitida por herencia, es la de atribuirle una causa orgánica. La fisiología y la anatomía del cerebro están muy poco adelantadas para explicarla; nosotros no podemos decir á qué

que M. Jacoby ha demostrado con más fuerza que nadie en su obra, cuyas conclusiones trascribimos:

«De la inmensidad humana surgen individuos, familias y razas que tienden á elevarse sobre el nivel común; trepando pesosamente por las abruptas alturas, llegan á la cima del poder, de la riqueza, de la inteligencia, del talento; y una vez arriba, son precipitadas hacia abajo, desapareciendo en los abismos de la locura y de la degeneración. La muerte es el gran nivelador: aniquilando todo lo que se eleva, democratiza á la humanidad. Pero la naturaleza es mala administradora, pues no adquiere el fin más que con un derroche enorme de materia y de fuerza. Cada hombre de genio ó de talento es un capital acumulado de muchas generaciones, dice M. Renan. Ahora bien, este capital acumulado, personificado en un hombre, no entra ya en la riqueza común de la humanidad; es perdido para ella, retirado como está de la circulación, y su reliquia no es más que locura, miseria, degeneración de la posteridad, que se extingue y muere bien pronto — afortunadamente; — pero no sin haber llevado la degeneración y la muerte á las familias asociadas.

«Este fenómeno explica el ciclo de la vida de las naciones civilizadas. ... La ciencia, el arte, las ideas, para nacer y desenvolverse, consumen generaciones y pueblos. Las naciones se agotan por la producción, como los terrenos no estercolados, puesto que los productos, como hemos visto, no vuelven al fondo común y son materialmente perdidos para él. En este sentido es cómo hay que comprender ese fenómeno, que se ha llamado en la historia la vejez y la decrepitud de las naciones. Por el hecho de la selección y de la ley fatal de extinción de las razas privilegiadas, los pueblos se civilizan primero, suben á la cima de la grandeza; declinan después rápidamente, y desaparecen agotados, recargados y aniquilados, siendo reemplazados por pueblos más jóvenes; es decir, por aquellos en los cuales la selección de los talentos y de las energías apenas se ha establecido, y por tanto, no las ha agotado todavía.....

«Las leyes de la naturaleza son inmutables, y ¡desgraciado del que las viola!; cada privilegio que se concede al hombre es un paso hacia las degeneraciones, las frenopatías, la muerte de su descendencia. Rebajando lo que quiere elevarse por encima del nivel común de la humanidad, castigando los orgullosos y vengándose del exceso de su bienestar, la naturaleza encarga á los privilegiados mismos de ser los verdugos de su descendencia. Demasiada felicidad ofende é indigna á los dioses mismos, decían los antiguos, y el estudio médico de las consecuencias de toda distinción intelectual y social y de toda selección nos ha llevado á la misma conclusión.»

alteración cerebral corresponde tal debilidad de la inteligencia ó tal perversión de la voluntad. Pero los fenómenos cerebrales y los fenómenos psíquicos están tan íntimamente ligados, que una variación de los unos, implica una variación de los otros.

Supuesto esto, tomemos un hombre de una organización mediana en lo físico y en lo moral, un *average man*. Supongamos que, por consecuencia de una enfermedad, por circunstancias exteriores, por influjos que vienen del medio ó aun de su voluntad, se produce en él un debilitamiento mental, muy pequeño por lo demás, pero permanente. Es claro que la herencia no ha puesto nada para esta decadencia; pero si este debilitamiento se trasmite á la generación siguiente, y si además, las mismas causas continúan obrando en el mismo sentido, es claro que la herencia deviene á su vez una causa de decadencia. Y si este trabajo lento continúa en cada generación, se puede llegar á una extinción total.

Esto es aplicable en todo á un pueblo, como á una raza. Para esto es menester, lo cual no es raro, que los influjos destructores obren, no sólo sobre un individuo aislado, sino sobre una suma de individuos. El mecanismo de la decadencia es el mismo, y nosotros tenemos derecho para afirmar que las causas que motivan un debilitamiento considerable de fuerzas intelectuales en el círculo restringido del individuo y de la familia, deben producirlo también en la aglomeración fija de individuos que constituyen una sociedad.

Los historiadores explican ordinariamente las decadencias por el estado de las costumbres, de las instituciones, del carácter, todo lo cual es verdad en un sentido; pero estas son razones un poco vagas; hay aquí como se ve, una causa más profunda, última, una causa orgánica cuya acción no es posible más que por la herencia y que ellos olvidan completamente. Se igno-

rarán todavía, por largo tiempo tal vez, estas causas orgánicas; pero nuestra ignorancia no las suprime. Para nosotros que hemos tratado de estudiar, por nuestra propia cuenta, la decadencia del Bajo Imperio, la más sorprendente que ofrece la historia, siguiendo paso á paso esa degeneración que dura mil años; viendo, en sus obras de arte, el talento plástico de los griegos desvanecerse poco á poco para llegar al dibujo duro, á las figuras llenas de atonía é inmóviles de los Paleólogos; la imaginación de los griegos extenuarse y quedar reducida á algunas insignificancias descriptivas; su espíritu vivo trasformarse en palabrería vacía y en una chochez senil; los caracteres borrándose hasta el punto de que sus últimos grandes hombres hubieran sido en otra época medianías, nos ha parecido sentir bajo todos estos hechos visibles y palpables, los únicos en que fijan los historiadores el trabajo lento, ciego, inconsciente de la naturaleza en estos millones de seres humanos que declinaban sin saberlo y trasmitían á sus descendientes, aumentándolo siempre, un germen de muerte.

Así en todo pueblo, ya suba ó ya baje, hay siempre para servir de base á todo cambio, un trabajo latente del espíritu y por consecuencia de una parte del organismo, que cae necesariamente bajo la ley de la herencia.

Terminamos aquí este estudio de conjunto sobre las consecuencias de la herencia. Es menester ahora examinar los detalles. Para proceder con método iremos de las causas á los efectos, es decir, de los sentimientos y de las ideas á los actos, y de los actos á las instituciones sociales. Estudiaremos, pues, el influjo de la herencia, primero sobre la constitución del alma humana sobre sus estados intelectuales, sus sentimientos y sus pasiones; después sobre los actos que traducen á lo exterior esos estados internos; por último, sobre las instituciones que resultan de los actos y los consolidan

al mismo tiempo que los regulan. Examinaremos así sucesivamente las consecuencias *psicológicas, morales y sociales* de la herencia (1).

(1) La cuestión general de la trasmisión de los caracteres adquiridos y las objeciones que ha levantado, ha sido tratada en el Prefacio. Notemos también que en su última obra (*Natural inheritance*), Galton, apoyándose en estadísticas, concluye que la trasmisión hereditaria oscila alrededor de una media y que hay una especie de freno que mantiene la especie á un mismo nivel.